

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis, y 34 año en provincias.

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DÍA

—Sr. D. Serapio, ¿sabe V. que me voy á mudar al distrito de V.?...
—¿Al del Centro?...

—Sí, señor. Para tener el gusto de que sea mi diputado el Sr. Ruiz Zorrilla.

—¿Caramba!... ¿Tanto le gusta á V. ese caballero?...

—Sí, señor; el discurso que les echó á Vds. la otra noche...

—A mi no.

—Bien, á los que fueron á oírle; como digo, ese discurso es magnífico. Ya habrá V. visto lo que dice *El Imparcial*.

—Sí, sí, ya he visto que lo pone por las nubes.

—Mire V. que dijo cosas muy buenas.

—¡Vaya!

—Dijo que la Hacienda estaba muy mal, pero que se trataba de mejorarla.

—Sí, ya lo huelo.

—Que en la administracion habia inmoralidad, pero que se trataria de que no la hubiera.

—¡Vamos!...

—Que el gobierno anterior habia sido muy malo.

—Tiene razon en eso el Sr. Ruiz, y el suyo peor.

—¿Qué dice V.?...
—Hombre, lo que le digo á V. es que parece imposible que despues de los cuatro años de despilfarro, inmoralidad, escándalo y vergüenza que llevamos, haya quien crea en discursos de personajes revolucionarios, y se haga la ilusion de que la situacion del país, tan profundamente perturbada, va á mejorarla el Sr. Ruiz Zorrilla, aunque tenga, como yo se las supongo, las mejores intenciones del mundo.

—Es V. muy incrédulo.

—Y V. más inocente que los que persiguió Herodes. El remedio no nos ha de venir de Zorrilla ni sus compañeros de jaleo. Basta para probar lo absurdo de lo hecho por la revolucion esta experiencia de cuatro años, en que los revolucionarios no han hecho otra cosa que prometer mucho para no cumplir nada.

—En eso tiene V. razon.

—Así, pues, diga lo que guste Zorrilla, prometa lo que le dé la gana, asegure lo que le parezca, amenace como se le antoje, proteste lo que se le ponga en el moño, es decir, entre ceja y ceja, porque moño no lo tiene, y lo oigo como quien oye llover, y crea V. que lo mismo le sucede á España entera, con excepcion de los que viven de este jaleo. Esto no tiene remedio, y aunque arrimen el hombro cien Zorrillas, se acaba ántes de lo que parece.

—¿Y qué vendrá despues?...

—Mire V., vendrá lo que Dios quiera.

—Pero V., ¿qué quiere que venga?...

—Lo que me parece más lógico y racional.

—¿El príncipe Alfonso?...

—Sí, señor.

—Mucha gente dice lo mismo.

—Es que somos muchos los desengañados.

—¿No le llama á V. la atencion la frecuencia con que se repiten las huelgas de obreros en varias poblaciones de España?...

—Sí, señor; pero no me extraña eso. Es el resultado preciso de las ideas que se están propalando hace cuatro años, y de la propaganda que hacen impunemente en nuestro hermoso país unos cuantos extranjeros.

—Es verdaderamente lastimoso que nuestros obreros hagan caso de los extranjeros, y crean que estos tienen interes por ellos.

—Amigo, el carácter español ha cambiado por completo, al parecer.

—En todo estamos sometidos á la influencia extranjera.

—Exactamente, y así nos luce el pelo. En el trono tenemos un señor extranjero que apenas conoce nuestro idioma, en el gobierno domina la influencia de la córte italiana, la industria extranjera está favorecida con perjuicio de la española, y en el pueblo aspira á ejercer tiránica influencia la llamada *Internacional*, sociedad extranjera que no parece sino que tiene por mision perder y arruinar á los mismos obreros cuya defensa aparenta procurar.

—Todo eso se lo debemos á la revolucion de Setiembre.
—Y todavía falta el rabo por desollar.



—¡Hombre! me da rabia oír á los detractores de la revolucion y de sus ministros.

—¿Por qué?...

—Porque estoy viendo que estos ministros hacen todos los esfuerzos posibles por ponerlo todo en órden y remediar los males de la administracion y del pais.

—¿Se chancea V.?...

—No, señor. En *La Correspondencia* acabo de ver una medida del ministro de Hacienda, que hará época en los fastos administrativos.

—¿Cuál es?

—La supresion de una de las plazas de auxiliares de las inspecciones de Hacienda, dotada con 4.000 pesetas.

—Efectivamente, todo lo que sea suprimir empleos inútiles...

—Eso es lo que yo digo; pues, sí, señor, se ha suprimido esa plaza de 4.000 pesetas, y se han creado en su lugar dos con 2.000 pesetas cada una.

—¡Ah!...

—¿No le parece á V. que golpes como ese acreditan á un ministro?...

—Sí, señor, sí; eso es admirable.



—¿Conque en la Direccion de Establecimientos penales resultan ya tres expedientes que se van á enviar á los tribunales?

—Así dicen los periódicos.

—Pues, amigo, me gusta la moralidad.

—Pero no está V. leyendo hace cuatro años noticias de desfalcos, desapariciones, irregularidades y abusos de todo género?...

—Es verdad.

—Seria curiosísimo hacer la historia exacta administrativa de esta época revolucionaria.

—Puede que se haga algun dia.

—No, señor; esas cosas no se hacen aqui nunca. El pueblo lo paga y en paz. Ademas, acaso vale más que no se haga, que no se publique.

—¿Por qué?...

—Porque seria una vergüenza para España.



—Diga V., ¿qué se sabe del atentado de la calle del Arenal?...

—Hombre, yo no sé nada.

—Pero, ¿qué se ha descubierto?...

—¿Usted lo sabe?... Pues yo tampoco.

—¿Y la causa del asesinato del malogrado general Prim?...

—No sé nada tampoco.

—¿Y la del asesinato del Sr. Peltan en el Retiro?

—Tampoco sé nada.

—¿Y en qué pais vivimos?...

—En la España con honra.

—¿Con honra?...

—Sí, señor.

—Pues, ¡viva la libertad!

—Y el petróleo, y el trabuco, y la navaja, y el revólver, que son sus hijos legítimos.



—Y los carlistas ¿qué hacen?...

—Confían que de un momento á otro han de triunfar.

Para ellos es indudable que el dia que se abra el Teatro Real asistirán D. Carlos y su señora con toda su corte al palco regio.

—Es un partido que tiene una condicion admirable y digna de todo encomio: la consecuencia; pero ya debiera conocer que no es posible su triunfo.

—No diga V. eso, la revolucion de Setiembre lo ha hecho posible todo.

—Por lo mismo que estas últimas intentonas carlistas han fracasado, á pesar de lo mucho que favorecen las circunstancias y el cansancio del pais, hay que creer en la imposibilidad de ese triunfo.



—¿No fueron los revolucionarios los que suprimieron la Guardia rural?...

—Sí, señor.

—¿Y no son ellos los que la van á establecer ahora?

—Sí, señor.

—¿Y eso ¿qué prueba?

—Prueba que cuando los revolucionarios tratan de hacer algo bueno, hacen precisamente lo mismo que deshicieron porque lo habian hecho sus adversarios; lo que significa en buen romance, que las cosas buenas que se hacen en estos tiempos son copiadas, y que lo único original, enteramente original, de ellos es lo mucho malo que hacen.

—Total, que no sirven para nada.

—Para nada bueno.

MORA Y MEDINA

Gabriel Mora y Santiago Medina eran muy amigos. Servian juntos en una misma oficina, de Hacienda por más señas; iban juntos al café por la noche, y aún en cierta temporada fueron novios de dos muchachas, que eran tan amigas entre sí como ellos.

Mora tenia genio alegre y bullicioso, y era bastante dado á la vanidad. Medina, por el contrario, podia citarse como ejemplo y modelo de modestia. El primero se hacia presente en todas partes y buscaba medios de atraerse la amistad de los superiores; el segundo esperaba siempre para presentarse á que le llamaran. Mora se casó con una mujer que él y todos creian rica; pero al morir su padre se vió que toda su riqueza consistia en deudas. Medina no pensó nunca en casarse, porque no contaba más que con el sueldo, que es un medio de vivir harto inseguro.

Un cambio político y un arreglo de oficina dejaron ce-

sante á Mora: en vano molestó á todos sus amigos; pasaban dias y pasaron meses, y no conseguia más que aburrirse y consumir sus escasos ahorros.

II

«Mi querido amigo: Acaban de nombrarme para un destino de Hacienda en Cádiz. Tú, que sabes cuál es mi situación, comprenderás si me alegro de ello. Pero agotados todos mis recursos, empeñado cuanto poseia, y perseguido por usureros, me veré precisado á tener que abandonar mi colocacion por falta de medios para trasladarme á aquel punto, si un corazon amigo no se apiada de mi suerte y me socorre. En este apuro me he acordado de tí, que tantas pruebas de afecto me tienes dadas; de tí, á quien más que á nadie debo mi nuevo destino; y no atreviéndome á molestarte de palabra, lo hago por escrito. Ya sabes cuánto te quiere tu amigo,—*Gabriel Mora.*»

Concluida esta carta, la cerró su autor; escribió en el sobre las palabras «Sr. D. Santiago Medina, calle de, etcétera, etc.» y la envió á su destino, haciendo de correo la criada.

Mientras la respuesta volvía por el mismo conducto, Gabriel Mora, su mujer y su hija paseaban por la casa en distintas direcciones, impulsados por el temor de un *no* y la esperanza de un *sí*, tan desordenadamente y sin direccion, como los hilos que hacen bailar á un polichinela cuando dos manos pertenecientes á distintas personas tiran de ellos á un mismo tiempo. No se hizo esperar la contestacion, y por cierto que Medina fué lacónico. Unicamente enviaba dentro del sobre un billete de á cuatro mil reales. Gabriel Mora lo enseñaba enterneado á su mujer y á su hija. La emocion no le permitía ni áun elogiar á su generoso amigo. Su mujer lo hizo por él en encomiásticas frases, pero lamentando que Medina hubiese tenido la mala

idea de enviar toda aquella suma en un billete solo. Lo mismo le hubiera sido haberla enviado en plata ó en oro, y á ellos les habria evitado el trabajo de buscar cambio y pedir favor á otro.

Pero, en fin, el billete fué convertido en dinero; Mora preparó su viaje, y cuatro dias despues estaba en Cádiz, tomando posesion de su destino. Con tantas prisas como ocurren á última hora cuando se trata de levantar casa, no habia tenido un momento para ir á dar las gracias á Medina. Pero no por eso Mora, su mujer y su hija le olvidaban, no, por cierto. El apellido de Medina estaba siempre en la boca de todos ellos: se habló de extender un recibo de aquella suma, lo que no se hizo en el momento por autorizarle con un sello, que comprarían luego en el estanco, y en llegando á Cádiz se proponían escribirle una carta muy larga y muy sentida, ofreciéndole su habitacion, su sueldo y cuanto poseyeran.

Las ocupaciones del destino, las visitas de recién llegados y otras menudencias, hicieron correr bastante tiempo sin que la epístola se escribiera. Pero á bien, decía Mora, que Medina es muy buen amigo, y sabe perfectamente cuánto le queremos.

III

Habían transcurrido cuatro años; Mora ya no estaba en Cádiz sino en Valencia, á donde fué trasladado á los seis meses con ascenso, por obra de Medina.

Este, sin embargo, se habia limitado á conseguir aquella ventaja, y ni siquiera escribió cuatro letras á Mora dándole la enhorabuena. Tentaciones tuvo éste de no darle las gracias por su proteccion en castigo de semejante olvido, pero al fin entre amigos todo se perdona, y se decidió á escribirle. Es verdad que no lo hizo, pero no fué por falta de voluntad, sino por no tener ni un momento libre; ya se ve:

—Dadme acá, dijo Estévan; saltad aquí y despedid esa lancha.

El jóven pasó á la chalupa.

A Francisco Estévan se le nubló el semblante al leer la carta.

«Amigo Francisco, decía: ¿qué mujer nos has traído á casa? Desde hace tres horas, desde que llegó la hora de almorzar y vió que tú no almorzabas con nosotros, no podemos entendernos con ella ni mi mujer ni yo, y mis niñas están escandalizadas: te escribo de nuevo, porque cediendo á los descos de doña Clara, te escribí rogándote vinieses al momento á casa: pero el dependiente que yo envié con la carta, volvió diciendo que el *Vengador* habia salido del puerto sin avisar á la capitania, sin proveerse de papeles, sin que se supiera á dónde iba, lo cual habia causado mucha extrañeza, aunque todos saben que eres libre como el aire, y que haces tu santísima voluntad, sin pensar en nada, como lo prueba la mujer ó la fiera que me has traído á casa.—En cuanto supo que el *Vengador* se habia hecho á la vela, rompió á gritos como una furia, llamándote traidor, ingrato, infame, y llamándonos á nosotros unos bribones, que te habíamos ayudado á engañarla: nosotros nos hemos puesto todos malos, y si no hemos llamado á la justicia, ha sido por

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

La puerta de la cámara no se habia abierto aún.

Tardó todavía una hora en abrirse.

Al cabo de ella, esto es, á la una, se abrió y apareció Francisco Estévan con su gran uniforme de capitán de navio.

Mandó echar una chalupa al agua.

Entró en ella.

Antes de llegar á los muelles, una pequeña lancha abordó á la chalupa.

En ella venia un jóven en quien Francisco Estévan reconoció á uno de los dependientes de su viejo amigo el comerciante D. Serafin.

—Señor D. Francisco, dijo el dependiente, traigo para vos una carta de mi principal.

la oficina le ocupaba todo el tiempo, sin dejarle más que las mañanas para vestirse y las noches para charlar en el café ó jugar en el casino.

Al cabo un día recibió Mora carta de Medina. Anunciábale en ella que había quedado cesante; ponderábale lo poco lisonjero de su situación, y concluía por pedirle los cuatro mil reales que le había prestado años ántes. Ni Mora, ni su mujer, ni su hija hubieran creído nunca semejante conducta por parte de Medina. ¡Reclamarle aquella miseria, echarles en cara un favor que nada tenía de particular, cuando ellos ni por un momento lo habían olvidado!

Así se lo dijo al día siguiente en una carta, que fué escrita en la oficina y con verdadero enojo, como la conducta de Medina requería.

Este ni contestó siquiera.—Capaz sería, exclamaba la mujer de Mora, de citarnos ante la autoridad, si le hubiéramos dado recibo, ni más ni menos que podía hacerse con unos tramposos. Fíese V. luego en los amigos.

IV

Consecuencia de la traslación anterior fué otra que trajo á Madrid á Gabriel Mora.

Tenia ya entónces buen sueldo, y ocupaba posición importante en su oficina. Su amigo Santiago ni áun siquiera se dignó enviarle una tarjeta. Verdad es que él no le había dicho dónde vivía; pero Medina pudo averiguarlo, que no era tan difícil. Un día, sin embargo, supo Mora que había estado aquel á buscarle en la oficina; pero como tenía encargado á los porteros que no dejasen entrar á ningún pretendiente hasta las tres de la tarde, único modo de aprovechar algún tiempo para enterarse de las disposiciones que traía la *Gaceta* y dar los buenos días á los compañeros, claro está que Medina no pudo llegar hasta su despacho,

consideraciones á tí, aunque no las mereces, porque eres un libertino, que has comprometido á una familia honrada; y si tú debes algo, como es probable, y no se lo pagas á esta mujer, tiene razón en llamarte todo lo que quiera, aunque podías hacer el favor de no mezclarnos á nosotros en ello. Esta mujer no es cristiana, se ha dejado el crisma entre los moros, y el diablo que la resista.—Han venido á decirme que el *Vengador* ha vuelto á entrar en el puerto, y envío con esta segunda, y no de cambio, á uno de los dependientes con orden de que no se venga sin una contestación: te advierto que si no vienes, tomaré una resolución cualquiera, sea la que fuere, porque yo no puedo tener á esta furiosa en mi casa.—Tu amigo siempre y á pesar de todo,—*Serafin.*»

II

—¿Y qué derecho tiene para esto? exclamó irritado Francisco Estévan: ¡boga aprisa, muchachos, boga aprisa: me tarda llegar!

Los marineros apretaron los puños, y pocos minutos despues Francisco Estévan entró en casa de D. Serafin.

Al verle Clara, que estaba desenchajada, descompuesta, acreció en palidez, irradiando en sus ojos una mirada de alegría y de esperanza, y la fiera se convirtió en un ángel.

mucho más siendo cesante, porque un cesante siempre tiene cara de pretendiente.

Mora sintió no verle, porque deseaba darle quejas por el olvido en que le tenía; pero á la semana siguiente le encontró en la calle, un día que iba algo tarde á su oficina. Los dos amigos se abrazaron, mas no á la verdad como lo hubieran hecho algunos años ántes. Había en la cara de Medina una expresión particular que parecía querer recordar á Mora lo de los cuatro mil reales; así lo comprendía él á lo ménos.

Por supuesto que en la conversacion que uno y otro siguieron hasta la oficina de éste, no se habló una palabra de tal asunto: lo que sí dijo Medina es que estaba arreglando su clasificación para cobrar lo poco que le quedaba como cesante, y que este único motivo es el que le había llevado á visitarle en días anteriores, pues deseaba una recomendación para el jefe de otra dependencia, á quien Mora conocía. Es decir, que sólo por el interés había ido á verle. No pudo ménos Mora de decirselo así, con toda franqueza, añadiendo que estaba algún tanto discordante en política con aquel *funcionario*, y que no quería pedirle el favor más pequeño. A otros conocía en la misma dependencia, pero se guardó muy bien de confesarlo: no era cosa de que su nombre figurase unido como recomendación al expediente de una persona de ideas tan contrarias á las suyas y á las del gobierno como Medina.

Por lo demas, y para cualquiera otra cosa que se ofreciera al último, le dijo que *ya sabía dónde estaba*; con lo cual se separaron, no muy satisfechos, al parecer, uno de otro.

V

Haciendo compras para su expedición de verano á las provincias Vascongadas estaban Mora, su mujer y su hija,

—¡Ah! me había engañado, dijo: no, vos no podíais abandonarme, dejarme sola en el mundo, yo me he vuelto loca; yo he faltado al respeto á esta dignísima familia... ¡ah! ¡ah! ¡no era posible, no!

Francisco Estévan comprendió que la mejor manera de salir de aquel terrible apuro, era engañarla.

—Y bien, doña Clara, dijo, ya sabéis que yo tengo hecho voto de vengar á mi padre, exterminando cuantos pueda de los piratas africanos.

—Y habeis hecho bien, dijo con vehemencia doña Clara: la venganza es el amargo placer que buscamos para consolarnos de los dolores que nos ha causado un infame.

Francisco Estévan se irritó.

Pero quien le provocaba era una mujer, y una mujer desgraciada, y se contuvo.

—He salido de improviso á hacer un reconocimiento, dijo; aún estaban fatigadas las vergas del *Vengador* del peso de los cadáveres de los piratas vencidos por mí, cuando vinieron á avisarme de que se acercaba un pirata á la costa: afortunadamente esto no era cierto, y me he vuelto.

—¡Ah! exclamó Clara respirando, como una persona á quien quitan de encima un peso que le abrumba.

cuando encontraron, al salir de una tienda en que acababan de gastar no pequeña cantidad de duros, á Medina, que se detuvo á saludarlos. Despidiéronse de él, diciéndole si quería algo para las Provincias, á lo cual contestó dándoles muchas gracias, y afirmando que también necesitaba aguas minerales para alivio de un padecimiento del estómago, pero que tendría que pasar el verano en Madrid, pues su situación no le permitía otra cosa. Mora aprovechó la ocasión para ofrecerle un nuevo ascenso que acababa de elevarle á cuarenta mil reales, y Medina pagó esta noticia con otra; con la de haberle negado el derecho á la cesantía que tenía solicitada.

Al despedirse, y cuando cruzaba la calle Medina, la mujer de Mora no pudo ménos de volver la cabeza para mirarle. A pesar de su aspecto aseado, revelaba aquél hartamente el estado poco lisonjero de su fortuna en la ropa que vestía, bastante usada y de precio económico.

—¡Mal debe pasarle el pobre! dijo Mora á su mujer, que se le mostraba, haciéndole observar su modesto pelaje.

—Pues no comprendo, contestó ella, en qué puede haber gastado el dinero. Un hombre solo como él, debía tener ahorros. Gastan y triunfan sin pensar nunca en mañana, y ahí tienes lo que sucede.

Mora aprobó con un movimiento de cabeza lo que su mujer decía. Tal vez entónces cruzó por su imaginación la idea de que era deudor de alguna cantidad á Medina, aunque no recordaba bien á cuánto ascendía la deuda. Pero por el momento no podía pagarle: estaba en vísperas de un viaje, que por necesidad tenía que ser costoso. Para su salud y la de su familia no necesitaba mudar de clima ni tomar aguas, pero lo requerían las exigencias sociales y el prestigio del puesto que ocupaba en la administración pública.

Luego se echó á llorar.

—Perdonadme, dijo arrojándose á los brazos de doña Mónica: perdonadme; ¡estoy sola en el mundo! ¡soy muy desgraciada! ¡mis padres han sido degollados! ¡no tengo á nadie más que á él, á mi generoso libertador!

A Francisco Estévan se le apretó el corazón.

Se levantaba delante de él un gran inconveniente.

Una mujer terrible, una mujer capaz de todo, y contra la cual no podía volverse él que era bravo, cristiano y caballero.

En cuanto á D. Serafin, se le puso el corazón de mantequilla.

Era un excelente hombre.

En cuanto á las demas personas de la familia, se enternecieron.

Tal habia sido la elocuencia del dolor y del sentimiento de las palabras de Clara, y de la expresión y del acento que habian acompañado á aquellas palabras.

III

—No digais que estais sola, señora, dijo D. Serafin, estando en mi casa; verdad es que nos habeis llamado bribones, palabra que no creia yo pudiera haber nadie que se atreviera á decírnosla; pero, en fin, vos decís que

Después de todo, Medina era, como habia dicho con razón la mujer de Mora, un hombre soltero, y estaba cesante, por lo cual con poca cosa podia pasar la vida.

VI

Algunos años después, la hija de Mora, que no era un modelo en punto á belleza, ni podia citarse como ejemplo de talento, aunque sí como aficionada á variar de trajes cada dia y á frecuentar los salones, los teatros y los paseos, encontró por fin un novio que tuviera valor necesario para presentarse con ella delante del cura y del juez municipal. Esperaba como regalo de boda un destino, que de otro modo no hubiera podido conseguir, y como marido de la jóven ascender rápidamente, gracias á la protección del suegro.

Llena estaba la sala de éste de convidados, y ya iba á dar principio la ceremonia nupcial, cuando, entre otros amigos que llegaban, se acercó á saludar á la señora de la casa el notario que dias ántes habia otorgado la carta de dote de la novia, y que era uno de los invitados.

—¡Perezoso! ¡perezoso! le dijo Mora cariñosamente estrechándole la mano; ya creí que no íbamos á tener el gusto de ver á V. esta noche.

—Poco ha faltado para que no viniera, respondió el notario.

—¿Algun testamento urgente?

—No, por cierto. Pero he pasado el dia junto á la cabecera de uno de mis dependientes, que ha espirado hará poco más de una hora. ¡Pobrecillo! Estaba en la mayor miseria. Gracias á lo poco que ganaba en mi casa ha podido ir subsistiendo. Puede que V. le conociera, porque ha ocupado bastantes buenos destinos, según tengo entendido.

—¿Cómo se llamaba?

la partida de éste os ha vuelto loca, y los locos no pueden ofender á nadie: en fin, yo creo que lo que os haya prometido Francisco os lo cumplirá, porque es hijo de un hombre que no faltó jamás á las promesas que hizo.

—Ninguna promesa me ha hecho á mí D. Francisco, se apresuró á decir con la voz trémula y toda confusa Clara: nada me debe, ni yo soy mujer que doy ocasión á que se me deba nada, añadió con una elocuente altivez; es que yo...

Francisco Estévan no sabia dónde estaba.

Le dolía la situación de Clara, y sentía un miedo instintivo por Claudia.

—Vos tendreis vuestros motivos, dijo D. Serafin; motivos que yo respeto, señora; pero yo creo que todo eso se arreglará: vamos á ver, tú, Francisco.

—Sí, sí, hablad; dijo con vehemencia Clara.

IV

Doña Mónica, ántes de esto, se habia llevado á sus hijas.

De otro modo, algunas de las palabras de Clara hubieran sido de todo punto inconvenientes.

Verdad es que no habian sido muy indiscretas las que habia pronunciado en los momentos de su desvarío.

—D. Santiago Medina, y era un hombre por extremo honrado y laborioso.

—¡Calle! sí; ¡Medina! ¿y dice V. que ha muerto? ¡Pobre diablo! sí; le conocía un poco; servimos juntos al empezar la carrera, y le he recomendado algunas veces para que le ascendieran. ¡Pero tenía un genio tan oscuro y tan apocado!... Siempre dije yo que no haría fortuna. Por cierto que no recuerdo bien en este instante... ¡como uno tiene tantas socialiñas! pero me parece que se me lleva algún dinero al otro mundo. ¡Cómo ha de ser! ¡Vaya por el descanso de su alma!

VII

La gratitud se parece á los diamantes en dos cosas: en lo mucho que vale, y en lo escasa que se encuentra por el mundo.

EL DIARIO DE UN SUICIDA

(CONFIDENCIAS DE LA VIDA ADMINISTRATIVA)

(Continuación)

2 de Mayo de 1858.—Héme instalado por fin en el pueblo de Camarena, distante pocas leguas de Toledo, no descansado todavía de las fatigas del camino ni de las emociones que precedieron á la boda de mí aterciopelada Baldomerita, frente á los cementerios generales de la zona Sur de Madrid. La última parte del viaje tuvimos que hacerla en burros, porque no hay camino ni carretera que conduzca hasta aquí. El pueblo se halla situado en una especie de hundimiento de la llanura, y corresponde en un todo á la tristeza de mi situación. Le atraviesa un arroyo que sólo lleva agua cuando llueve, y sobre el cual se levanta en la plaza

—Tranquilizaos completamente doña Clara, dijo Francisco Estévan: yo no os he abandonado, yo no puedo abandonaros nunca.

—Más claro, más claro, dijo la desesperada doña Clara: necesito saber cuál es mi suerte.

—Yo no os comprendo, señora; dijo Francisco Estévan al verse acometido de una manera tan ruda y tan directa.

—Pero comprendereis muy bien, dijo con una calma profunda doña Clara, que se había dominado, que yo he estado en vuestro poder un mes, y que mi fama...

Irritóse Francisco Estévan.

—Un año habeis estado en poder de moros, señora, exclamó de una manera irreflexiva, arrastrado por la cólera.

—¡Ah! exclamó Clara.

Y aquel ¡ah! fué tan terrible, como si hubiese sido el resultado de una puñalada recibida en el corazón.

Al mismo tiempo, Clara se cubría el rostro con las manos, se desplomó sobre un sillón y rompió á llorar.

—Yo no creía que tú eras malo, Francisco, exclamó el sencillo y honrado fabricante.

—¡D. Serafin!

—¡Don demonio! Dios me perdone; pero me parece

un pequeño puente de caballete, cuyo único ojo, olvidándose de la dirección del cauce, mira á la Casa de Ayuntamiento. Hay quien traduce esta mirada como una queja del puente á la corporación popular por el abandono en que le tiene. La Casa Ayuntamiento es espaciosa y tiene unos portales con columnas de piedra berroqueña que la dan cierto carácter monumental, diferenciándola del resto de las casas, pequeñas é incómodas, con grandes patios en que ladran y muerden otros tantos perros, celosos guardianes de las pobres higueras que aspiran á convertir dichos patios en huertos.

Las costumbres del pueblo, es decir, de sus habitantes, son muy sencillas: comer á todas horas, beber siempre que comen, labrar la tierra y tocar la guitarra. Por la noche especialmente, no se oye otra cosa que serenatas á las mozas y los palos que completan regularmente el programa de la función. Las personas acomodadas, que son pocas, se reúnen en la plaza poco después de amanecer; vuelven á sus casas á las doce en punto con la tradicional despedida «que aproveche»; se reúnen nuevamente en la plaza por la tarde, y en cuanto las campanas tocan las oraciones, vuelta á casa á dormir, para repetir el día siguiente la misma función. Pero si los cuerpos están quietos y como formando parte de la plaza, las lenguas hacen un portentoso ejercicio, dando y quitando á todo el resto del pueblo; poniendo en tela de juicio la cantidad de agua que el boticario emplea en sus medicamentos; el tiempo que transcurrió entre la boda y el primer alumbramiento de la Fulana; los derechos que cobró el cura por el último bautizo, y las intrigas del secretario del Ayuntamiento en las pasadas elecciones.

Las mujeres de este pueblo me gustan más que los hombres; circunstancia que no me extraña, porque en todas partes me ha sucedido lo mismo. Paseos, todas las ve-

que tú no tienes genio para tratar con más gente que con los marineros, sí, señor, sí; con los marineros que tienen que sufrirte.

—¡Válgame Dios! exclamó tristemente Francisco Estévan, que había comprendido que había hecho mal. ¡Yo pido perdón por la dureza de mis palabras á doña Clara, yo no las creía, yo no las sentía!

Clara no contestó.

Continuaba llorando replegada sobre la silla.

—Bien, muy bien; dijo D. Serafin: le soltamos al próximo un trabucazo, le metemos hasta los tacos en el cuerpo, le abrasamos las entrañas, y luego creemos arreglarlo todo con decir: vuesa merced perdóneme, yo no tenía intención de matar á vuesa merced; pero que entierren á vuesa merced, si no se puede de otra manera, de limosna.

—¡Válgame Dios! repitió Francisco Estévan.

—No hay; válgame que valga: cuidado, señor mío: ¿vos creéis á doña Clara una inocente doncella?

—¡Sí, por mi honor!

—¿Vos creéis que esta honesta é hidalga y rica doncella os ama?

—¡D. Serafin.

(Se continuará.)

redas. En cuanto á arbolado, sólo se conoce en la huerta llamada de Abajo. Hay un edificio que fué convento de frailes y hoy se halla habitado por gente pobre: su iglesia sirve para guardar granos.

Quando llueve, y aunque no llueva, los ociosos de la plaza se guarecen en la taberna que se ve en las mismas Casas Consistoriales, que así llaman enfáticamente á la del Ayuntamiento: no he comprendido todavía la necesidad de que la casa del municipio sea al propio tiempo despacho de vinos, y mucho ménos dada la profusion de ramos ó escobas que existen en todas las demas puertas del pueblo, indicando que tambien se vende vino en dichas casas.

Hay en la poblacion grandes jugadores de brisca y mus; algunos que manejan el dominó, y otros que prefieren seguir los adelantos de la época, atravesando sus fortunas al monte.

La gente es muy obsequiosa, especialmente con los forasteros, segun he tenido ocasion de observar con motivo de mi llegada.

20 de Mayo de 1858.—He tenido carta de mi pobre Isidro, cuyas buenas condiciones empiezan á apreciarse en el regimiento. Le han hecho cabo y encargádole de la clase de lectura y escritura de los demas soldados. En las horas de descanso sigue trabajando en las platerías, lo que le ha permitido mandarme trescientos reales; recuerdo que á su madre y á mí nos ha hecho llorar de alegría.

¡No hay mayor bien que un buen hijo! ¡No hay desgracia más grande que un hijo ingrato!

Elisa ha empezado á desmejorarse considerablemente; los disgustos van destruyendo su robusta naturaleza.

1.º de Enero de 1859.—En este pueblo no hay tinta. Esta es la causa que me obliga á suspender el diario hasta mejor ocasion.

Estas eran las últimas líneas del diario encontrado sobre el cadáver del suicida, pero como mi atencion se habia excitado poderosamente con la narracion del pobre empleado, hice cuanto me fué posible por averiguar la terminacion de sus aventuras. Una cartera encontrada en el bolsillo de la levita encerraba algunos documentos parroquiales, cartas y sueltos cortados de periódicos. Los ordené por fechas y tuve la fortuna de encontrar el término de una historia que tantó me habia interesado.

El primer documento era una carta escrita en el campamento español, junto á Tetuan, con fecha 5 de Febrero de 1860.

Decía así:

«Sr. D. Leandro N.

Poseido de un dolor profundo, cumplo escribiendo estas líneas un penoso deber. El sargento de mi regimiento don Isidro N., que durante la campaña se habia portado con la mayor bizarría, siendo ejemplo de todos sus compañeros y mereciendo la estimacion y amistad de sus jefes por su intachable conducta, tuvo ayer la fortuna de ser de los primeros que penetraron en el campamento enemigo y la desgracia de recibir una profunda herida en el pecho. Auxiliado desde el primer instante por los facultativos, reconocieron estos que la herida era mortal de necesidad; por cuyo

motivo el desgraciado sargento Isidro solicitó verme, precisamente en el momento en que me hallaba formulando una propuesta al general en jefe del ejército para su ascenso al empleo de alférez. Acudí al hospital de sangre, y allí, junto al lecho del sufrimiento, tuve ocasion de apreciar una vez más los nobles sentimientos de su hijo, recibiendo el encargo de comunicar á V. la noticia de su fallecimiento, hacerme intérprete de su filial amor y entregarle la cantidad de ochenta duros, que constituia todos sus ahorros. Juré solemnemente cumplir sus encargos, y me apreté fuertemente la mano que tenia entre las tuyas. Al anoche- cer era ya cadáver.

El regimiento entero ha llorado la muerte del heroico sargento Isidro, cuya pérdida lamentará la patria en cuanto conozca su bizarro comportamiento en la batalla de ayer; y yo, que más que nadie tenia motivos para apreciarle, me uno de todo corazon al sentimiento que desgarrará el amante corazon de V., en cuanto reciba estos renglones. La herencia la conservo en mi poder hasta que regrese á la Península ó reciba orden de V. para la entrega

Con este motivo me ofrezco á sus órdenes, su servidor que besa su mano,—*El coronel, F de T.*»

El documento que seguia á esta carta, segun el orden cronológico, completaba la tragedia. Era la certificacion parroquial en que constaba el fallecimiento de la esposa de nuestro protagonista. La pobre Elisa, cuyos grandes dolores por la ingratitud de sus hijos habian encontrado siempre un consuelo en la piedad filial de Isidro, no habia podido sobrevivirle. Doce dias separaban el fallecimiento de la madre del fallecimiento del hijo; pocos más de los que habia tardado la carta del coronel en llegar á su destino.

(Se concluirá.)

CASCABELITOS

Me gusta á mí que vaya ganando amigos la causa del príncipe Alfonso, única esperanza de la patria, pero francamente, no me fio de los amadeistas que vuelven la espalda á D. Amadeo porque éste no los llama á gobernar, y se hacen alfonsinos con la evidente intencion de hacerse los amos cuando venga esa solucion.

Los inconsecuentes deben ser mirados con prevencion por los leales.

Téngase en cuenta que esos que hoy le vuelven la espalda á D. Amadeo y quieren arrimarse á lo que más probabilidades tiene de triunfo, se harian otra vez amadeistas en cuanto D. Amadeo les llamara.

Por hoy no digo más, pero ¡mucho ojo!

Dicen los periódicos que una casa extranjera ha hecho proposiciones muy ventajosas para suministrar el armamento destinado á la Milicia nacional.

Yo creo que lo más ventajoso seria no adquirir tal armamento, que no hace falta maldita.



Todo hace creer que los carlistas van á armarla otra vez en las provincias vascas.

Es una delicia vivir en España.

Todo esto que pasa se lo debemos á los ineptos revolucionarios de Setiembre que se empeñaron en traer un rey extranjero para ellos solos, como si ellos solos fueran el país.

El Diario Español se ha declarado antidinástico de don Amadeo.

El hombre cada vez va ganando más amigos. Es una atrocidad lo que le amamos.

A un señor marroquí le ha dado nuestro gobierno la gran cruz de Isabel la Católica.

No me parece muy oportuno dar á un morazo una cruz que lleva el nombre de la Reina Católica, pero me alegro de que se la den, á ver si así tiene D. Amadeo un dinástico siquiera, aunque sea moro.

Cree *La Discusion* que las próximas Cortes están llamadas á dar el golpe de muerte á los conservadores.

¡Aprieta, manco!

Y á tomar alguna determinacion transcendentalísima.

Justo, á proclamar la federal.

¡Bonito porvenir, para D. Amadeo sobre todo!

Los periódicos han publicado ya los nombres de los candidatos para diputados en las próximas Cortes.

¡Qué personajes!...

Junto á cada nombre ponen los periódicos una R, que quiere decir en unos *Radical* y en otros *Republicano*.

Pero lo que debe leerse es *Remalo ó Repeor*.

¿Y qué? ¿han accedido ya los dueños de casas á rebajar la cuarta parte de los alquileres?

No sé si los rebajarán, pero lo que estoy oliendo hace tiempo es que va á haber muchos palos.

Pero, señor, ¿no estará cansado de viaje D. Amadeo? Cuidado, que se necesita paciencia para no hablar más que con radicales, comer con radicales, pasear con radicales y ser traído y llevado por radicales.

Francamente, yo siento que algunos periódicos le traten con tanta crueldad y tan notoria iniquidad. El hombre merece que se le admire por su paciencia.

El baile *Barba Azul* es la mar de lujo y de pantorrillas.

El Sr. Rivas ha acreditado una vez más su buen gusto y su prodigalidad. Mucho deseamos que el señor Rivas nos presente otro año una buena compañía dramática ó lírico-dramática española. Mucho podría hacer el espléndido empresario por la literatura.

El Diario Español se ha declarado antidinástico.

Lo mismo harán los periódicos amadeístas radicales en cuanto D. Amadeo llame á los conservadores.

Esta es una comedia.

Los barceloneses van á tener este año el gusto de ver, admirar y aplaudir á la incomparable señorita Pinchiara. El empresario de aquel teatro principal, Sr. Calle, tiene contratada ya la compañía de baile del Circo del Príncipe Alfonso de Madrid, una escogidísima de verso, y otra de ópera cómica francesa.

¡Quién pudiera ir á ver todas esas maravillas á aquel Teatro Principal en lugar de estar aquí viendo los desatinos de las compañías de comediantes politiquillos que tanto dinero cuestan y tan mal lo hacen!

Habíamos prometido á nuestros lectores publicar alguno de los *Cuentos caseros* que ha escrito el Sr. D. José González de Tejada.

Hoy lo hacemos, dando á conocer á nuestros lectores uno de los mejores del libro, el titulado *Mora y Medina*, cuyo pensamiento es una amarga verdad.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

TRENES DE RECREO

SAN SEBASTIAN

los miércoles y sábados, desde el 6 de Julio de 1872.

PRECIOS

2.ª clase, 160 reales ida y vuelta.

3.ª clase, 120 reales ida y vuelta.

CUENTOS DE SALON

Se ha publicado el tomo sétimo, que contiene la primera parte de la novela

MADRID POR DENTRO

por TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en la administracion, plaza de Matute, 2, y en las librerías de Madrid.

Enviando 5 rs. de provincias, se recibe el tomo á vuelta de correo.

Se admiten suscripciones por semestre y año, y se regalan libros á los que tienen el buen gusto de anticipar el importe.

Están de venta los seis tomos publicados, con las novelas:

Una perla en el fango, por Teodoro Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Carlos Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa, y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El vellocino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

El encuadernador Sobrino (Vergara, 10) encuaderna los tomos de los *Cuentos* con unas elegantes tapas con inscripciones doradas.

MADRID:—1872

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletas).